ISSN 2695-4494 https://doi.org/10.53335/cliocanarias.2022.4.16

ENTREVISTA A JULIÁN CASANOVA RUIZ*

INTERVIEW WITH JULIÁN CASANOVA RUIZ

Julián Casanova Ruiz, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza, es conocido entre los historiadores por su importante obra investigadora y, de modo especial, entre el público en general por su encomiable empeño de sacar el conocimiento del pasado de los reductos académicos para ofrecerlo —con ojo crítico y vocación divulgadora— a los lectores de prensa y a las audiencias de radio y televisión. Con el profesor Casanova, director de numerosas tesis doctorales y visitante en universidades latinoamericanas, estadounidenses y británicas, además de alguna otra europea, conversa esta vez CLIOCANARIAS acerca de la nada sencilla tarea de historiar.

CLIOCANARIAS: Salvo excepciones —y la suya lo es—, no suele ser frecuente que docentes universitarios se prodiguen en los medios (usted ha prestado incluso su asesoramiento en la película de Amenábar *Mientras dure la guerra* o en diversos documentales, aparte de colaborar en tertulias y programas radiofónicos), una de las maneras de hacer realidad la necesaria difusión del punto de vista de quienes practican el oficio de historiador, que muchas veces ejercen otros ajenos a la profesión con relativo acierto. Que lo investigado en la Universidad no alcance al gran público, en unos momentos como los actuales, repercute en la creación de mitos y falsedades sobre el pretérito que alimentan los malos usos políticos de la historia. ¿Cómo conjugar el estudio del pasado en los ámbitos académicos con su proyección social, cómo contribuir de verdad a hacer posible la vieja aspiración de abrir la Universidad a la sociedad?

JULIÁN CASANOVA: He defendido desde hace años que el conocimiento de la historia requiere una lectura crítica del pasado, pensamiento analítico y comunicar con precisión. También hace años que decidí difundir mis investigaciones y conocimiento más allá del ámbito académico. Para mí lo primero es la enseñanza y la investigación, en diferentes instituciones internacionales, en continuo aprendizaje, pero la era digital está cambiando la forma de enseñar e investigar historia, y además de hacer frente a ese

* https://orcid.org/0000-0003-3524-4585. C. e.: casanova@unizar.es

reto deberíamos aprovechar todas las posibilidades que ofrecen las nuevas tecnologías y las redes sociales. Comencé a publicar reseñas de libros en *El País* a comienzos de los años ochenta, recién licenciado en Historia, y a participar en diferentes medios de comunicación, incluyendo la radio y televisión, antes de la aparición de internet. En mi caso parece claro que mis investigaciones sobre la historia de España del siglo XX me estimularon a poner énfasis en la difusión, en la precisión a la hora de comunicar y escribir.

C.: Por cierto, ¿ha llegado la renovación pedagógica a la Universidad española? O, personalizando mucho, ¿se observan cambios notables en ese terreno desde que usted era alumno de facultad en comparación con la práctica lectiva actual en las aulas y departamentos universitarios, más allá del carisma que rodea a quienes tienen el don de transmitir entusiasmo por el saber?

J. C.: La universidad actual es muchísimo mejor que la de los últimos años del franquismo y comienzos de la transición, en la que yo estudié. También se ha hecho mucho más grande y compleja, incluida la burocracia, aunque resulta difícil dar una opinión general en unas líneas. La docencia no es solo lo que los profesores somos capaces de transmitir. Depende también de la formación investigadora, del conocimiento de otros países, del uso de fuentes y bibliotecas. La Universidad española no está entre las mejores del mundo, pero tiene excelentes profesores e investigadores, algo que era bastante excepcional en los años setenta del siglo pasado.

C.: Historiadores de la talla de Manuel Tuñón de Lara, Josep Fontana o Julio Valdeón dejaron constancia de sus reflexiones sobre qué historia enseñar al tiempo que se iban conociendo e implantando los currículos derivados de la promulgación de la LOGSE (1990). Se echa hoy de menos una implicación semejante ante las últimas reformas educativas. Usted, felizmente, es de los pocos que ha dado muestras de su interés sobre el particular. En términos muy generales, ¿que podría apuntarnos acerca de la presencia de la historia en los currículos no universitarios y, en concreto, sobre el cuestionado mayor o menor peso de etapas o períodos?

J. C.: Me ha interesado siempre mucho la enseñanza de la historia en los centros de Secundaria, coordiné la prueba de historia de acceso a la Universidad de Zaragoza durante más de una década, en la transición del COU al Bachillerato LOGSE, y he dado decenas de conferencias/clases en Institutos y centros de formación del profesorado. Los profesores de Secundaria tienen que hacer frente a retos permanentes, que cambian dependiendo de leyes y de la evolución de los alumnos. Muchos de ellos se dejan la piel intentando explicar historia. Y creo que desde las universidades podemos ayudar mucho. Me interesa menos la legislación y los cambios de los programas, que es un terreno que debería depender más de ellos y de la administración.

C.: La búsqueda de la verdad, de la objetividad, sigue siendo la máxima aspiración de todo análisis histórico (*la imparcialidad ni siquiera es deseable,* decía al respecto Fontana). Y esa misma búsqueda ha sido siempre la causante de las crisis epistemológicas de la historia. Usted lo ha resumido

https://doi.org/10.53335/cliocanarias.2022.4.16

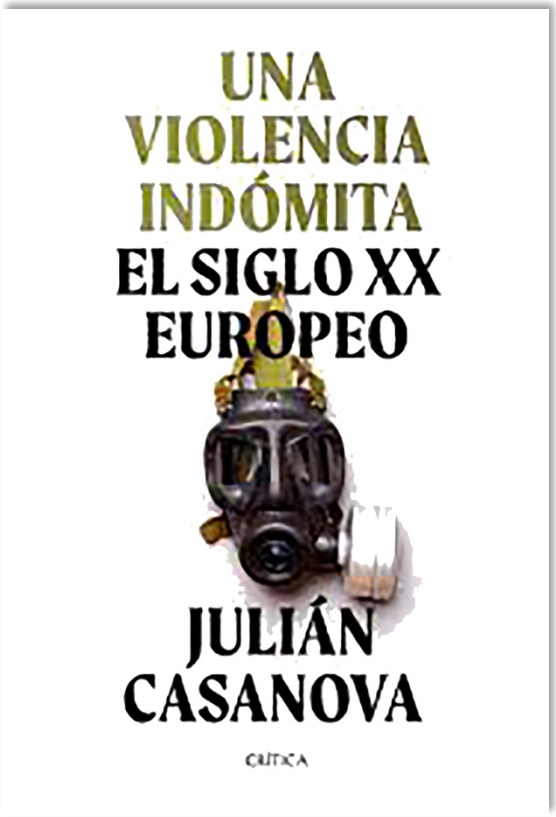
muy bien: no corren buenos tiempos para la historia social, pero *habrá que seguir buscando un término medio entre el hiperrelativismo posmodernista y el tradicional historicismo empírico.* ¿De cuánta salud goza aún la historia social y cuáles de las recientes propuestas historiográficas le resultan más sugerentes?

J. C.: La democratización y el surgimiento de la sociedad de masas obligaron a la historiografía a cambiar sus discursos y objetos de estudio durante el siglo XX. Las críticas al paradigma historicista que emergieron en la primera mitad del siglo XX, sobre todo en Francia, Inglaterra, Bélgica y Estados Unidos, reclamaron una historia que tuviera en cuenta los factores económicos y sociales. Una historia que dejara de concentrarse en las vidas y acciones de los dirigentes y prestara atención, por el contrario, a amplios segmentos de la población y a las condiciones bajo las que vivían.

Pero eso se consolidó a partir de los años sesenta, en un momento en que los nuevos movimientos sociales mostraban ya una creciente «conciencia» de que había también otras divisiones que contaban. Dos de ellas, la raza y sobre todo el género, se hicieron un hueco en las agendas de algunos historiadores y de bastantes historiadoras. La inserción de lo «periférico», de lo «inarticulado», de la cultura entendida como el estudio de las condiciones de vida y de las experiencias cotidianas cambió también los fundamentos originales de la historia social.

A finales del siglo XX los historiadores estaban escribiendo y habían ya escrito sobre una multitud de temas inimaginable unas décadas antes. Cualquier cosa de relevancia, mínima o máxima, tiene ya su historia escrita, leída muchas veces por miles de personas. Sigue siendo un buen momento para hablar de historia social.

C.: Un recorrido por su producción historiográfica nos lleva, a grandes saltos, desde el anarquismo a la guerra civil y el franquismo, temas que alterna en los últimos años con incursiones más globales, ya sean sobre teoría de la historia o sobre ámbitos espacio-temporales de mayor extensión, como la rompedora visión del siglo XX europeo que nos ofrece en su obra *Una violencia indómita.* En las conclusiones aborda el espinoso asunto de la relación entre historia y memoria cuando de violencia política hablamos. En la España más reciente la memoria se ha convertido incluso en ley. ¿Cuál ha de ser el papel del historiador ante lo que se ha denominado *memoria histórica*, luego *memoria democrática*?



J. C.: Una parte importante de los historiadores profesionales, que ofrecen

contribuciones positivas y contrastadas a los debates sobre ese violento pasado, que estimulan nuevas investigaciones y llevan sus enseñanzas a las aulas y a congresos científicos, no parecen interesados en gastar energías en la crítica a las mentiras, propaganda y manipulación.

Los recuerdos y conmemoraciones de pasados difíciles y violentos plantean enormes desafíos a los historiadores que intentamos diferenciar entre historia y memoria, entre conocimiento documentado y subjetividad.

Ya lo advertía también Tzvetan Todorov hace más de dos décadas: hay una *distinción entre la recuperación del pasado y su subsiguiente «utilización»*. En esa utilización, la historia ya no cae solo bajo el exclusivo ámbito del historiador profesional y es tratada cada vez más en los medios de comunicación, en exposiciones, documentales y en la ficción. El historiador no es un mago capaz de desvelar completamente el pasado, sino un guía que estimula a leer y pensar críticamente.

C.: Hace muy poco nos enteramos de su próxima estancia como profesor distinguido en la Universidad de Michigan, con el fin de ampliar aún más su campo de trabajo: hacer historia social desde la periferia (Asia, África, Latinoamérica). En los años ochenta, la posibilidad de elaborar una *historia planetaria* era en la práctica una utopía (Tuñón de Lara), pero hoy esa meta —con experiencias como la que usted se dispone a emprender— se nos antoja que pudiera estar cercana. ¿Qué obstáculos (prejuicios) deben superar los historiadores «occidentales» para convertir en realidad lo que no hace tanto tiempo era una utopía?

J. C.: La premisa básica de partida es conocer la historia más allá de la nación/Estado al que uno pertenece, evitar el provincianismo, beber de las fuentes e investigaciones internacionales, porque en otros países hay tradiciones intelectuales de historia internacional/global, mientras que los españoles nos dedicamos básicamente a la historia de España. La historia universal/global está además en continua revisión historiográfica pero también es objeto de usos y abusos políticos desde el presente. Lo importante sería que las nuevas generaciones de historiadores españoles fueran especialistas en historia de otras regiones, latitudes y continentes. En las mejores universidades del mundo hace tiempo que los tienen y no todos con visiones euro-occidentales.

https://doi.org/10.53335/cliocanarias.2022.4.16